



Relatos de la “*Sīrat al-thāhir Baïbars*”



X – El juicio al monje maldito

12 – Saad “Zancadas de viento” justifica su reputación

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: 2022
Número de páginas: 8
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto de la Fundación **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

X. 12 – Saad “Zancadas de viento” justifica su reputación



Gracias a las engañosas palabras del maldito monje, Yauán consiguió, como era habitual, embaucar al pobre Dukás, y persuadirle de que desafiara a Saad a una carrera contra su caballo Rayyâh. Con que el muy pánfilo de Dukás, esperó a la reunión del siguiente Consejo del emperador Federico, que sólo lo presidía tres veces por semana. Cuando llegó el día, el *babb* se acomodó en su trono, rodeado de sus visires y los dignatarios del reino; enseguida, llegaron Ibrahim, Saad y Edamor, que, como

ya hemos dicho, no debían separarse durante todo el viaje, y, finalmente entraron todos los miembros del Consejo hasta reunirse el pleno. En ese momento, se abrió la puerta, y Dukás hizo una entrada que se hizo notar; acompañado de un murmullo adulador, tomó asiento junto a su padre; luego, saludó a Ibrahim con una gran sonrisa.

– *Bani sira* –saludó Ibrahim.

– *Bonjorno*, hijo del Korani.

– Y dime, Dukás, ¿qué hay de nuevo?

– ¿Estoy en lo cierto, hijo del Korani, si te digo que a ti te gusta hacer apuestas?

– ¡Menuda pregunta! ¿Sabes tú de alguien en este mundo al que no le guste ganar oro sin dar golpe?

– Eso es cierto... Y, a propósito, he oído decir que tu hermano, el hijo de la Diabete, se vanagloria de vencer, en una carrera, a un caballo a todo galope. ¿Es eso verdad, o sólo es un farol?

– ¡Ni mucho menos! –protestó Ibrahim– ¡Por la vida de mi padre, Saad es capaz de atrapar, no solo a un caballo en una carrera, sino incluso a un pájaro en pleno vuelo!

– ¡Eh, Dukás! –intervino Saad, saltando de su asiento– Si tienes en tus establos una mula que quieras hacer correr, yo soy tu hombre; ahora mismo, si lo prefieres. Esa es, justamente, mi especialidad... ¡espera, no me felicites aún! primero ¡déjame ganar!

– Vuelve a tu asiento, Saad –le interrumpió Ibrahim– Y tú, Dukás, si quieres verlo, comienza por hacer tu apuesta; yo me encargaré de todo lo demás.

– Vaya, vaya, ¿ahora hay que pagar por ver? –repuso el príncipe con ironía.

– ¡Ni por mi propio padre yo trabajaría de balde! –replicó desdeñoso el valiente capitán. ¡Lo que se da gratis no se valora; eso es de sentido común!

– ¡De acuerdo, aunque no sea más que por lo del sentido común! Yo tengo un caballo de carreras, llamado Rayyâh, pero un auténtico crack, *bono razón*: yo desafío a Saad a que corra contra mi caballo, y fijamos la apuesta en cuarenta mil ducados, que el perdedor pagará al vencedor.

– ¡Venga, venga, suelta la pasta! –continuó Ibrahim– Suelta tus cuarenta mil ducados, que yo mismo pondré los míos y el total de la apuesta lo dejaremos en manos de tu padre Federico. Luego, ¡fijamos un día para la carrera, y el ganador se embolsará los ochenta mil del ala!

– ¿En qué nuevo enredo te vas a meter, Dukás? –intervino el emperador, intranquilo– Ayer, ese maldito torneo que degeneró en una masacre: y hoy ¿qué nuevo escándalo vas a provocar en esta ocasión?

– ¡Pero padre, si solo se trata de una carrera! ¿En qué crees tú que puede degenerar una carrera? ¡Solo me apetece divertirme! ¡Nada más!

– Oye, *figlione*, ¿por casualidad no habrás dado asilo a Yauán? ¿No estará ese maldito monje en el origen de todas estas historias?

– ¡No, no, en absoluto, padre! –exclamó Dukás– Yauán partió el mismo día que le dejé en libertad, y desde entonces no he vuelto a tener noticias tuyas...

Así que, finalmente, acordaron un día para la carrera; luego, Ibrahim y Dukás depositaron cada uno cuarenta mil monedas de oro en manos de Federico.

El día fijado, el emperador salió de la ciudad, escoltado por los grandes de su reino; Ibrahim, Saad y Edamor formaban, naturalmente, parte del cortejo, junto con los caballeros del Horân y de Baysân, y los mamelucos. Les seguía un inmenso gentío, aún más numeroso que el día del torneo de Ibrahim. Cuando llegaron al Lago de los Milagros, montaron las tiendas, los pabellones y las barracas de cañizo: se formó una improvisada feria, en la que vendedores y compradores se emplearon a fondo y con alegría.

Federico e Ibrahim se alejaron de las tiendas, escoltados por una veintena de caballeros, tanto musulmanes como cristianos. Tras cabalgar durante dos horas, se detuvieron a esa distancia, y allí plantaron en el suelo una banderola de seda, alrededor de la que se agruparon los caballeros.

– Ésta será la meta de llegada –dijo Federico a Ibrahim–. Aquí colocaremos a estos hombres; musulmanes y francos, para que sean ellos quienes den testimonio de la identidad del vencedor.

Una vez tomadas esas disposiciones, regresó a su pabellón. Poco después, se vio llegar a Dukás montado sobre su semental Rayyâh. Ibrahim se dio cuenta en el acto de que se trataba de un soberbio caballo de carreras; de orejas finas y rectas como cálamos, cascos redondos y compactos como piezas de oro. De capa negra como la noche, con una estrella blanca en la frente, brillante como un lucero; cuando relinchaba, era como si hablara. De su cuello pendía un diamante que lanzaba destellos cegadores. Sin dejarse impresionar por tal espectáculo, Ibrahim plantó delante de su tienda un estandarte que había encargado para la ocasión; lo formaba una pieza de seda blanca sobre la que se había bordado en oro la siguiente inscripción: “No hay más Dios que Dios, y Muhammad es Su Profeta. La victoria la da Dios y el triunfo está ya cerca: anuncia esta buena nueva a los creyentes, oh, Muhammad.”

– ¡Saad, si vuelves victorioso, este estandarte será tuyo! –le prometió Ibrahim a su primo.

La idea le pareció excelente a Federico, que también ordenó confeccionar un estandarte negro, en el que bordaron las siguientes palabras: “No hay más Dios que Dios, y Jesús es una emanación del espíritu de Dios”. Federico prometió también a Dukás que se lo ofrecería si ganaba la carrera; luego, regresó a instalarse en su pabellón, rodeado de los grandes de su reino y de su visir; Ibrahim, por su parte, se retiró al suyo, en compañía de Edamor y de unos cuantos hombres de confianza. Entonces, Dukás apareció con su caballo, haciendo cabriolas y caracoleos, con tal vivacidad y ligereza, que levantaron la admiración de los espectadores, tanto de los francos, como de los musulmanes; por fin, se detuvo entre los dos pabellones y lanzó su desafío a su competidor:

– ¿Dónde estás, hijo de la Diabete? ¡Vamos, sal y muéstrame de lo que eres capaz!

– Bueno, ve, ¿a qué esperas? –remachó Ibrahim dirigiéndose a su primo.

– Francamente, mi viejo hermano, ese caballo tiene pinta de ser un auténtico crack; además, como tengo un dolor en la rodilla... Créeme, es preferible retirarse.

– Pero ¡qué dices! ¡eso no es posible, Saad! ¡Van a tomarte por un cobardica!

– Pues déjales que crean lo que quieran, a mí hoy me duelen los pies –se obstinó Saad.

– ¡Saad, me vas a arruinar! ¡Te declararán perdedor y yo voy a tirar mis cuarenta mil monedas de oro!

– ¿Y qué te crees que me importa a mí el que ganes o pierdas? ¡De todos modos, yo no iba a ver el color de ese dinero!

– Vamos, primo; venga, escucha: yo te guardaré todo el oro, y cuando regreses a El Cairo, podrás pagar de un golpe toda la dote de *Aïsheh de Bushnât...

– ¿Es eso cierto, mi viejo hermano? –exclamó Saad, cuyo rostro se iluminó de pronto–
¿Es esa tu idea?

– ¡Pues claro! ¡Vaya pregunta!

– ¡Entonces, por tus bellos ojos, voy para allá! ¡Vas a ver cómo le voy a dejar medio muerto a su jamelgo a la mitad de la carrera!

De un solo brinco, el joven franqueó todo lo largo del pabellón hasta plantarse ante Dukás.

– Vamos, muchacho, ¿has acabado ya? ¿ha entrado en calor tu caballo? –le lanzó Saad.

– Estoy preparado –asintió el príncipe.

– ¡Está bien, parte tú primero, que yo te alcanzo en el camino!

– ¡Ah, no; de eso nada! Que luego dirías que la competición no había sido justa, puesto que tú vas a pie, y yo montado en un caballo que todos los francos me envidian...

– ¡No me vengas con cuentos! –estalló Saad– ¡Como si se pudiese comparar tu borrica a Zancadas de Viento! ¡Vive Dios, que, aunque se tratase de una golondrina, yo la atraparía!

Nada más pronunciar estas palabras, cogió un pedazo de sílex que pesaría más de un cuarto de libra, y se lo lanzó al animal. Tocado en la grupa, el caballo se encabritó y partió como una flecha, tan rápido que parecía volar, más que galopar. Cuando Saad se quedó solo, se quitó cremoniosamente su gabán, se remangó las mangas de la túnica, y luego las de los zaragüelles de las piernas, se ajustó el cinturón, dejando aparecer su cuerpo enjuto y nervudo. Los que allí estaban presenciaban atentamente esos preparativos con extrañeza: todos se preguntaban cómo Saad conseguiría alcanzar a su adversario, que, entre tanto, ya había desaparecido en el horizonte, no dejando tras de sí más que una nube de polvo.

Cuando hubo terminado, Saad dio unas palmadas y gritó:

– ¡Por tu protección, oh Baba Omar¹! ¡Oh, antepasado mío! ¡Tú que fuiste escudero del Profeta!

Luego, saltó tres veces en el mismo sitio, y, estirando sus largas piernas, se lanzó a la carrera a través de la llanura. Daba tales zancadas que sus talones le llegaban a la altura de las orejas y parecía volar por los aires: en unos instantes desapareció de la vista de los asistentes. Ante este espectáculo, los francos se persignaron todos a una, pensando que se las tenían que haber con un *yîn*².

– Por mi religión –afirmó Federico–, si yo tuviera a mi servicio a dos *ghandars* como el hijo del Korani y el hijo de la Diabete, habría podido conquistar el mundo. Cuando el primero lanzó su grito de guerra y desenvainó su *santa-maría*, nadie le pudo resistir, y, cuando el segundo se ha echado a correr, es capaz de adelantar a las gacelas y a las liebres. Por mi religión, esos dos son la maravilla de estos tiempos.

¹ Sobre este personaje, ver *Jaque al Rey de Roma*.

² Especie de genio, a veces maléfico y que, para la voxpop árabe fueron los genios que desobedecieron a Salomón y que aprisionó en unas botellas, cerradas con su sello. Aparece en numerosos relatos de “Las mil y una noches”.

Dejemos a Federico, y volvamos ahora a Dukás: después de su salida como un torbellino, al ver que ya había perdido de vista a Saad y a todo el ejército, se imaginó haber ganado la carrera, y se frotó las manos pensando en los cuarenta mil ducados que iba a embolsarse y en la cara que se le podría a Ibrahim. Mientras andaba en estos alegres pensamientos, espoleó con fuerza a su caballo, a riesgo de agotarle. Entonces fue cuando, al volver la cabeza, divisó una especie de tornado del que salía una voz que decía:

– ¡Eh, Dukás! ¡Ya puedes espolear a tu penco con todas tus fuerzas, que de todos modos te ganaré!

Furioso, el príncipe aguijoneó a su montura con redoblada fuerza, pero dio lo mismo; en unos segundos, Saad le adelantó, y, después de dar una buena palmada en la grupa del caballo, ¡lo dejó clavado en su sitio! El desgraciado Dukás estaba al borde de la desesperación. Estaba a punto de reventar a su montura por el esfuerzo exigido, y ni siquiera conseguía alcanzar el polvo del torbellino levantado por su rival. En cuando a Saad, una vez adelantado a su adversario, se tendió bajo un árbol, por aquello de tomarse un respiro; se tumbó tranquilamente sobre la espalda, apoyando los pies contra el tronco del árbol, mientras esperaba la llegada de su adversario.

– ¿Qué diantres haces ahí? –le largó Dukás al verle– ¡Arriba, aún no hemos terminado!

– ¡No te preocupes por mí, y haz trotar a tu jamelgo! –replicó irónico Saad– ¡Ve tú primero, ya nos encontraremos!

– Por Cristo nuestro Señor todopoderoso, ese demonio todavía tiene tiempo de echarse una siesta, como si nada –pensaba Dukás mientras se alejaba–. ¡Pardiez; este tipo es capaz de atrapar una golondrina al vuelo!

No había acabado de pronunciar estas palabras, cuando oyó la voz de Saad, justo detrás suyo:

– ¿Qué pasa con tu borrica? ¿No puede correr más? ¡Venga, empújala!

Apenas tuvo tiempo de darse la vuelta, cuando Saad le adelantó como una flecha disparada hacia el horizonte. Saad le hizo la misma jugada hasta tres veces; la última, le dejó en el sitio y se dirigió recto hacia el poste de llegada.

– Y bien, ¿dónde está Dukás? –se extrañaron los patricios.

– ¡Dejadme en paz con vuestro Dukás, muchachos! –les replicó desdeñoso Saad– ¡El pobre, ha escogido un caracol como montura, en lugar de un jamelgo!

Les contó las ventajas que le había ofrecido durante toda la carrera, explicándoles que le había dejado incluso que pasara por delante, para darle todas las oportunidades, pero que, aún así, le había sobrepasado enseguida.

– Bueno, todavía falta la otra mitad del recorrido –concluyó Saad–, ¡pero si me ofrecierais alguna cosilla para comer, pues no os diría yo que no!

Enseguida le trajeron provisiones, y Saad se sentó a comer. Estaba a la mitad de aquel improvisado almuerzo, cuando vieron llegar a Dukás, sudando y resoplando tanto como su montura; al ver a Saad apaciblemente sentado, como si nada, casi se muere de rabia.

– Oye, hijo de la Diabete, ¿cómo puedes estar comiendo, después de todo lo que has corrido? –se extrañó Dukás.

– ¡Pídele tú al buen Dios que te dé dos dedos de sentido común! –replicó Saad con un aplastante desprecio– Ah, por cierto, ¡hacéis buena pareja, tú y tu jamelgo! ¡Por Dios, que, si yo quisiera, podría vencer a todos los caballos del reino de los francos, y sin mucho esfuerzo!

– ¡Empieza primero por vencerme a mí! Sólo hemos hecho la mitad de la carrera; nos queda el regreso. ¡Vamos, arriba!

– ¡Tranquilízate! ¡Ve tú delante sin prisas: yo voy a terminar de comerme estos tentempiés y te alcanzo!

– ¡*Prende animam meam Domine!* –suspiró Dukás– ¡Que la maldición de Cristo Nuestro Señor caiga sobre la barba de ese maldito monje que me ha embaucado con este asunto y me ha empujado a desafiar a un *yîn* con aspecto humano!

Se alejó Dukás al trotillo, hasta que les hubo perdido de vista; luego, espoleó a su montura, que partió rauda como una flecha. Mientras tanto, Saad había acabado de comer; se lavó las manos con toda la calma del mundo, después, se tendió un buen cuarto de hora, por aquello de facilitar la digestión. Por fin, se levantó, y volviéndose hacia los árbitros, declaró:

– ¡Eh, muchachos, vosotros soís testigos de la delantera que le he dejado a Dukás!

Dicho esto, saltó tres veces en el mismo sitio, y se lanzó, más rápido que una gacela de los montes huyendo de los cazadores, dejando atrás, a su paso, barrancos y montañas. En menos tiempo que canta un gallo, Saad había alcanzado a su adversario.

– ¡Bueno, parece que hoy no es tu día, muchacho! –le largó al pasar– ¡Lo de ganar la apuesta, me parece que lo tienes crudo!

Igual que a la ida; Saad se detuvo tres veces, dejándose alcanzar por su adversario, para enseguida adelantarle más y mejor, volando como un *yîn* a través de la estepa.

Ibrahim, que escrutaba ansiosamente el horizonte, le vio por fin aparecer, como un relámpago cuando alumbraba una nube, o la lluvia empujada por la tempestad; Saad llegó en tromba y se apoderó triunfalmente del estandarte plantado ante la tienda de su primo.

– ¡Bravo, Saad! –exclamó el León del Horân– Por el Supremo Nombre de Dios, ¡por fin estoy tranquilo! ¡Estaba temiendo que ese hijo de mil rameras te ganara y se llevara el dinero de la apuesta!

– ¿Ese bocazas? ¡Antes muerto que vencido! Por cierto, ¿no tendrías por casualidad algo que picotear?

– ¡Claro que sí! –le respondió Ibrahim de inmediato.

Se fue a buscar una bandeja bien provista y la depositó ante su primo, que la honró bien honrada, mientras francos y musulmanes comentaban a voces las hazañas de Saad. Algo más tarde, por fin, se vio aparecer a Dukás; descendió con dificultad del caballo, que sudaba sangre por todos sus poros.

– ¡Cómo, hijo de la Diabete! ¿Aún tienes hambre? –exclamó al ver cómo Saad comía plácidamente– ¿Pero adónde metes tú todo eso?

– Como solemos decir nosotros: “Al que come el pan que no se ha ganado, más vale meterle en el ataud y llevarle al cementerio; pero al que come el pan que se ha trabajado, ese pan le hace buen provecho”. Así que, según tu opinión, esta comida, ¿me la he ganado, o no?

– En cuanto a eso, no podría decir yo lo contrario –reconoció Dukás.

Mientras tanto, los patricios andaban haciendo marchar al caballo de Dukás para que no se enfriara demasiado rápidamente; pero, el pobre animal estaba demasiado agotado: dio unos cuantos pasos y se desplomó muerto. Aterrado ante este nuevo desastre, Dukás no hacía más que darse enormes bofetadas, hasta tal punto que comenzó a sangrar por la nariz.

– Acabas de recibir una buena lección, *marfûs* –le apostrofó su padre–. Te advertí que no te enfrentarás a los musulmanes, porque a ellos les protege una buena estrella. Y ahora, mírate: ¿has perdido cuarenta mil ducados, sin contar ese caballo que no tenía igual!

Mientras Federico decía esto, vio venir a Ibrahim.

– Entonces, *babb*, ¿quién ha sido vencido? –le preguntó Ibrahim pavoneándose.

– Mi hijo Dukás –reconoció el emperador.

– Pues bien, ¡pásame el dinero de la apuesta!

Ibrahim se embolsó las monedas de oro; luego, los soldados se encargaron de desmontar las tiendas y todo el mundo tomó el camino de regreso. Como nos podemos imaginar, Ibrahim, Saad y Edamor, no cabían en sí de gozo; mientras que a Dukás daba pena verle, encorbado bajo el peso de la derrota y de la humillación.



Próximo relato de “El juicio al monje maldito”:
X.13 – A Yauán no le faltan recursos